

Donde los escorpiones **Lorenzo Silva**



DESTINO

Donde los escorpiones

Lorenzo
Silva

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1371

© Lorenzo Silva, 2016
www.lorenzo-silva.com

© Editorial Planeta, S. A. (2016)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2016

ISBN: 978-84-233-5103-9
Depósito legal: B. 10.857-2016
Impreso por Black Print
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1
Os creéis que arregláis algo 13

2
Información clasificada 29

3
Quien teme morir se 45

4
Lo peor que te puede pasar 61

5
Move forward 77

6
Lo útil para el más fuerte 93

7
Camp Arena 109

8
Margen de maniobra 125

9
Estrés postraumático 141

10
El desierto de los tártaros 157

11

Material sensible 173

12

Hazañas bélicas 189

13

Afgantsy 205

14

En los dominios del lobo 221

15

Ciegos en la noche 237

16

Algo amargo y roto 253

17

Un tipo difícil 269

18

Sangre de toro 287

19

Gente rara 303

20

La grieta 321

Epílogo

Donde los escorpiones 337

Agradecimientos 347

I

Os creéis que arregláis algo

El brigada López sacó de improviso su teléfono móvil del bolsillo, lo contempló durante una fracción de segundo y se volvió hacia mí para anunciarme, con aquella sonrisa suya, a la vez astuta y cordial:

—El alacrán está en la jaula.

Inmediatamente dio el aviso por la emisora del coche patrulla en el que esperábamos, además de él y yo, uno de sus guardias y la sargento primero Chamorro. Lo había aparcado en un lugar discreto, a poco más de medio minuto de la entrada de la cañada, de forma que no se tropezara con nosotros quien no debía tropezarse y a la vez estuviéramos lo bastante cerca como para intervenir sin demora. De todos modos, no nos correspondía a nosotros ser los primeros, y tampoco éramos quienes llevábamos la voz cantante en aquel baile.

Tras el aviso del brigada, en la radio tomó el mando el oficial responsable de la unidad especial de intervención, que tenía tres equipos apostados en coches camuflados en otros tantos puntos estratégicos. Fueron ellos los primeros en lanzarse dentro del poblado chabolista, quemando el asfalto y levantando a continuación el polvo del camino y de las callejas improvisadas entre los chamizos de tablas y chapas. Varios coches patrulla, entre ellos el nuestro, acudieron segundos después para bloquear todos los accesos e impedir que nadie saliera de la zona. En ese mismo momento, el helicóptero se hizo presente en el aire, con su

foco que hendía la oscuridad en busca de posibles fugitivos. La operación era de alto riesgo, porque no se trataba de una casa en la que cupiera irrumpir al modo usual, desde una vía pública a la que pudiera accederse de forma más o menos inadvertida. Sólo acercarse a cien metros de las casuchas implicaba poner sobre aviso a quienes las ocupaban. La única manera de sorprenderlos era aquella, desencadenar una invasión por tierra y aire y cruzar los dedos para que los nuestros, como debía de ocurrir, gracias a su entrenamiento, fueran más rápidos y hábiles que el pájaro al que tratábamos de atrapar.

Desde nuestro apostadero, ya a la entrada del poblado, oímos el alboroto que acompañaba a la incursión. A las voces de «¡Guardia Civil!» respondía un coro de gritos de mujeres y llantos de niños. Ni una sola voz masculina, tomé nota, y comprendí que era congruente: aquel era un lugar de hombres taciturnos. De pronto, oímos lo que por nada del mundo hubiéramos querido oír: cinco taponazos muy seguidos. Los cuatro que esperábamos en el coche, como el resto de los participantes en aquella razia nocturna, contuvimos el aliento hasta que en la radio entró la voz del jefe de uno de los equipos de intervención:

—Objetivo detenido y asegurado. Trató de responder y le hemos desarmado con fuego no letal. El objetivo está herido en la mano, todos los miembros del equipo ilesos. Solicito envío de atención sanitaria para el detenido tan pronto como se asegure el perímetro.

El brigada me miró con expresión satisfecha:

—Ya lo ves, Vila, esta vez sí. Esta noche sí estaba de Dios atraparle. O quizá sea que esta vez contaste antes con un servidor, en lugar de tirarte a la piscina en plan Orzowei sin haber hecho los deberes.

Encajé el reproche sin rencor. Tenía razón, no estaba haciendo toda la sangre que podía hacer y además me hallaba en deuda con él. A mis más de cincuenta tacos, me acababan de dar una lección que era de las primeras de la cartilla del guardia: nunca subestimes a los que patru-

llan el terreno y, sobre todo, nunca dejes de contar con su ciencia y su criterio antes de hacer un movimiento comprometido. En el caso del brigada López, por añadidura, se trataba de un tipo fuera de lo común. Antes de pedir destino a aquel puesto, en uno de los pocos municipios colindantes con la capital que eran de nuestra responsabilidad (la mayoría de ellos los gestionaba la Policía), había trabajado en Tráfico, en Información, en Policía Judicial y en Asuntos Internos. Era, por tanto, lo más parecido a una enciclopedia ambulante con todo el *know-how* que se podía adquirir en la empresa. Y sabía sacarle partido a sus conocimientos. Gracias a ellos, principalmente, teníamos al fin en el bote a la presa que se nos había resistido durante más de un año.

—Me lo merezco, López, así que no voy a replicar —acaté la reprimenda—. Eso sí, para ser más pedagógico, tienes que ir cambiando de ejemplos, seguro que el chaval no tiene ni puñetera idea de quién era Orzowei. Hay cosas que ya sólo sobreviven en la memoria de los caimanes como tú y como yo. El mundo nos va dejando atrás.

—Eso, ¿quién era Orzowei? —preguntó el guardia—. Y, ya puestos, ¿por qué llama López al brigada Atienza, mi subteniente?

—¿Se lo cuentas tú o se lo cuento yo? —dije.

—Cosas de abuelos —explicó López—. Orzowei era una especie de aprendiz de Tarzán de una serie italiana cutre que aquí el subteniente y yo veíamos de niños. Entonces había sólo dos canales, qué le íbamos a hacer. Y lo de López viene de una vida anterior de tu brigada.

—Que no siempre ha sido trigo limpio —apostillé.

—Lo dice porque fue entonces cuando me conoció y le jodía que yo supiera quién era él y él no supiera quién era yo. Me saca un grado porque es más antiguo, pero siempre he ido por delante de él.

Era una forma algo injusta de describir nuestro encuentro, cuando una de mis investigaciones de homicidio

se cruzó con una de sus investigaciones de Asuntos Inter- nos, función en la que disponía de la ventaja de poder operar con identidad falsa y parapetado bajo ese anodino *López*, mientras que yo iba por ahí con mi cara y mi nombre. Lo grande del caso era que López había dejado de ser López y de ir de incógnito para convertirse de nuevo en guardia de uniforme y recuperar su Atienza verdadero no por fatiga de aquella doble vida, que bien hubiera podido ser, sino por otra razón, mucho más simple y común: por amor. Se había echado novia y ella llevaba mal las largas ausencias que son el pan diario del poli que investiga a los polis malos, forzado a convertirse en su sombra durante semanas enteras. Al recordarlo, pensé que le debía una a la novia de López, por haberle empujado a pedir destino allí donde iba a acabar resultándome providencial.

—Ya ves —escarbó un poco más en la herida—, con todos esos aires de superioridad que siempre se dan los listos de la unidad central, aquí lo tienes, chupando rueda de los guardias de pueblo.

—Vale. No dejes de aprovechar tu gran noche, brigada —concedí.

—Y digo yo, ¿no deberíamos dejar la tertulia y acercarnos hasta el laberinto para agarrar al Minotauro? —terció Chamorro.

—Caramba, qué metáfora. ¿Tú no eras de ciencias? —bromeó López.

—¿Acaso es incompatible?

—No, sólo raro —opinó, y le metió la primera al todo-terreno.

López demostró sus dotes de conocedor del lugar colocándonos en cuatro rápidos volantazos ante la chabola, a cuya puerta montaban guardia varios agentes de la unidad de reserva que había asegurado la zona después de la entrada de los miembros de la unidad de intervención. Eran todos tipos altos, serios y recios, y cada vez me parecían más jóvenes. Había llegado ya a la edad en que casi cualquiera de ellos podía ser hijo mío, lo que me causaba

una extraña sensación cuando reparaba en el hecho de que estaban allí, entre otras cosas, protegiéndome de cualquier mala idea que se les ocurriera a los elementos hostiles que nos rodeaban. Nos adentramos en la infravivienda y llegamos hasta la pieza principal, donde a ambos lados de un colchón apoyado en el suelo y cubierto por una sábana astrosa, alumbrados más por las linternas de los nuestros que por la mortecina lámpara que se sostenía sobre una caja de madera, había dos personas maniatadas.

Una de ellas era Mircea, el objetivo. Un gitano rumano reclamado por un montón de causas criminales, la mayor parte de ellas por robo de cobre y por los daños infligidos a las líneas férreas y eléctricas con objeto de obtener su botín, pero también varias por lesiones y, en lo que a mí me concernía, por el brutal homicidio de un empleado de seguridad de la compañía ferroviaria que para su mal lo había sorprendido en mitad de uno de sus estragos y había tenido la funesta ocurrencia de intentar apresarle. La hemorragia de la mano ya se la habían contenido con técnicas de primeros auxilios los miembros de la unidad de intervención que lo habían neutralizado y que ahora lo vigilaban. El tipo estaba con la mirada vacía y perdida ante sí, como si nada de aquello fuera con él. Ni siquiera se me pasó por la cabeza la idea de hablarle, como no albergaba la menor esperanza de que nos sirviera de nada el interrogatorio al que por cumplir con el protocolo tendríamos que someterlo cuando lo curasen de sus heridas. Teníamos contra él otras pruebas, entre ellas el testimonio del compañero del muerto, que lo había visto y reconocido en fotografías. La única dificultad de la investigación había sido localizarlo y echarle el guante, porque Mircea, cuyo ámbito de actuación se extendía a toda la Península, era escurridizo como una anguila, no usaba teléfono móvil ni ninguna otra forma de comunicación interceptable y no se avenía a alojarse más de dos noches seguidas en el mismo sitio, al más puro estilo yihadista.

A la otra persona también la conocía. Era una mujer,

española. Alta y despampanante, incluso como ahora estaba, sentada en el suelo con las manos embridadas a la espalda. Al vernos, a sus ojos asomó un destello de amargura, pero nada dijo y nada dije tampoco yo. Esperamos a que vinieran los sanitarios y, previo el visto bueno del secretario judicial, que asistía algo sobrecogido a la entrada y registro de aquello que era legalmente un domicilio, sacaran al detenido de la chabola y lo metieran en la ambulancia, bajo la custodia de los dos guardias más altos y fornidos de la unidad de reserva. López me miró entonces, se agachó y tomándola del antebrazo levantó a la mujer del suelo. Con su 1,85 de estatura, le sacaba a López más de media cabeza.

—Tú te vienes con nosotros, Jessica —dijo el brigada—. Y nos explicas qué pintabas aquí, a ver qué tenemos que hacer contigo.

—¿A ti qué te parece? —respondió la mujer, desafiante.

—Yo no tengo imaginación —dijo López—. Andando.

A la puerta de la chabola, siguiendo con una mezcla de temor y de resentimiento nuestra conversación, pero sin perderse un detalle de lo que decíamos y hacíamos, había un grupo de mujeres y críos, junto a un par de hombres de cierta edad. Nos vieron subir a los coches y cuando arrancamos a alguna de las mujeres se le escapó una maldición en su lengua. Hube de deducirlo por el tono: como nos sucedía con buena parte de nuestra clientela, padecíamos el hándicap de que ellos entendían nuestro idioma pero nosotros ignorábamos el suyo.

López conducía, de modo que me correspondió sentarme atrás junto a la detenida. Iba muy erguida, y pese a la suciedad de sus ropas (un corpiño de indefinible color claro, una incómoda falda roja de tubo) poseía una innata elegancia. Sus hombros rotundos, su busto escueto y firme y sus brazos fibrosos daban fe de la sólida arquitectura de aquel cuerpo. Se decía que había sido jugadora semiprofesional de baloncesto, antes de acabar prostituyéndose

por un puñado de euros en aquel agujero, el más tenebroso y profundo de Madrid, para pagarse la dosis de heroína que le vendían los mismos a quienes alquilaba sus favores. López me había contado toda suerte de espantos, acerca de cómo acontecía y en qué consistía aquel sexo mercenario y marginal, y no pude evitar pensar en alguno de los sórdidos pormenores mientras la sentía respirar a mi lado, prisionera y a la vez inalcanzable, con aquel orgullo impenitente de flor de estercolero. La barbilla siempre alta, la sonrisa aciaga trabada a los labios, con la rabia sin tregua que parecía haberse convertido en su modo de estar en el mundo. Mirándola de reojo, me acordé, por alguna especie de automatismo, de los versos de una canción que acababa de descubrir por aquellos días:

Yo no robé del Olimpo este fuego, mi amor,
fue del infierno este invierno buscando calor.

De pronto comprendí que yo estaba allí, en aquella noche de julio de 2015, avanzando en un todoterreno de la Guardia Civil por el camino que conducía hacia la Cañada Real, el supermercado de la droga de Madrid, desde el poblado aún más marginal de El Gallinero, el infierno dentro del infierno donde acababa de cobrar la pieza que tanto se me había resistido, pero ella, aunque pareciera ir sentada a mi lado, se hallaba a muchas galaxias de distancia. Vino a corroborarlo cuando se volvió para espetarme, con un ostensible aire de superioridad:

—Ya está, ya tienes tu premio. Te felicito, señor guardia.

Le sostuve la mirada a duras penas. Movidito por el prurito que siempre tiene uno, o por la vergüenza de que Chamorro, que iba en el asiento delantero, me viera quedarme sin palabras, le repliqué:

—Gracias, pero yo no gano nada. Me pagan lo mismo a fin de mes.

—Bueno, has cazado al bicho. Estarás contento.

—No creas. Digamos que sólo deja de fastidiarme que esté libre.

—Eres muy gracioso, señor guardia. Todos sois muy graciosos. Os creéis que arregláis algo, pero no tenéis ni idea. Hay más bichos, sin salir de aquí, de los que en cien vidas podrías contar. Te lo digo yo, que les he visto la cara y lo que no es la cara a casi todos.

Su sonrisa degeneró sin previo aviso en una risa estridente, casi siniestra por el amarillo de los dientes que todavía aguantaban agarrados a sus mandíbulas. Según López, la chica no tenía arriba de treinta años, y su planta lo confirmaba, pero me pareció que tuviera mil.

Entonces vino a mi memoria la noche en que la había conocido, a Jessica, doce meses atrás, poco después de la caída que me había llevado por primera vez a aquel paraje dejado de la mano de Dios. La noche en que, casualidades de la vida, también comenzó la historia que pretendo contar aquí, y que no es la de Jessica, ni la de Mircea, ni la de aquella investigación ni la del lugar zarrapastroso donde logramos ponerle fin, pero a la vez, porque todo tiene que ver con todo y nada en el mundo está exento de nada, tampoco deja de serlo.

En mi descargo puedo decir que aquella otra noche de julio, de 2014, llegamos hasta allí en una persecución en caliente, y que nuestro desconocimiento nos hizo evaluar mal la dificultad de la maniobra. Aparte de tres guardias de mi unidad, contaba en aquella coyuntura con cinco del grupo de seguimiento y un refuerzo de media docena de agentes del grupo de reserva; en condiciones normales, fuerza más que suficiente para ponerle la guinda a aquella operación, en la que a fin de cuentas se trataba de capturar a un solo hombre. Por otra parte, influyó en nuestra decisión de intervenir, sin perder tiempo en asegurar la jugada, el hecho de que el objetivo fuera tan sumamente escurridizo. Si no aprovechábamos aquella oportunidad, a saber cuándo volveríamos a disponer de otra. Teníamos constancia de que se había refugiado en el poblado apenas

una hora antes y sin pensárnoslo dos veces fuimos y nos metimos allí, como unos perfectos insensatos.

El resultado: tal vez el más calamitoso de mi carrera profesional. No sólo se nos escapó aquel a quien perseguíamos, oportunamente alertado por sus ojeadores antes de que lográramos poner siquiera un pie en el poblado, sino que acabamos viéndonos rodeados de una turba que arremetía a palazos y pedradas contra nuestros vehículos. Al final, y vistos en el humillante trance de pedir refuerzos, acabó acudiendo a sacarnos de allí, entre otros, aquel a quien yo había conocido como el brigada López. Al verlo aparecer, cachazudo y risueño como siempre, pero con el uniforme verde que nunca le había visto puesto durante nuestra colaboración anterior, no pude reprimir el asombro.

—Coño, López, ¿se puede saber qué haces tú aquí? Ahora entiendo, debo de estar soñando, esto no es real, es una pesadilla.

—No es una pesadilla, Vila. Lo que pasa es que eres un pardillo. ¿Cómo se te ocurre meterte aquí sin avisarnos, hombre?

—Si hubiera sabido que estabas aquí... ¿Desde cuándo...?

—Chsst. Ya te contaré. Ahora vamos a sacaros de aquí, antes de que se haga más de noche y empiece la hora punta. Es viernes y no quiero que se nos mezcle este desaguizado con el circo habitual.

Una hora más tarde, después de sacar de allí con grúa nuestro destrozado coche, y mientras atravesaba en el de López la Cañada Real camino de la autovía y de la civilización, comprendí a qué se refería. Al amparo de las primeras sombras, llegaban por los caminos que convergían en la cañada coches de todos los precios y tamaños. Desde la antigualla destartada y oxidada hasta el flamante todoterreno BMW. En su interior, los drogodependientes, de ambos sexos y de todas las edades y pelajes. Desde los despojos terminales que traían los *cundas*, taxistas infor-

males que cargaban su coche con los clientes que los taxistas con licencia no estaban dispuestos a transportar, hasta los profesionales adinerados y bien vestidos que acudían a por su dosis al lugar donde siempre había abasto. Un bidón metálico en el que ardían restos de palés y embalajes señalaba, me informó López, cada punto de suministro. Junto a él, el machaca que avisaba al traficante de cualquier presencia indeseada; como la nuestra, sin ir más lejos. En lo que alcanzaba la vista divisé media docena de fogatas. Por las calles oscurísimas que flanqueaban la cañada, a la luz trémula de las llamas, caminaban como almas en pena los yonquis más deteriorados, pisando insensibles los charcos y los fangales que se veían por doquier.

—Aquí están, *The Walking Dead* —observó el cabo que conducía.

—Alucinante —exclamé—. A apenas diez minutos de la Puerta del Sol. Con todo el descaro. ¿No temen, qué sé yo, que os dé por entrar a mirar en alguna de esas chabolas que tienen un bidón ardiendo?

López se encogió de hombros.

—Cómo se nota que no sabes de qué va el paño.

—¿No entráis nunca?

—Para qué. De entrada, te recuerdo que hace falta un mandamiento judicial, salvo que queramos jugar al juego del delito flagrante. Tú no sabes el fondo que tienen esas chabolas. Para cuando llegáramos a donde tienen la droga ya la habrían hecho desaparecer y nos veríamos en la tesitura de explicarle a un juez por qué allanamos domicilios.

—O sea, que esto está consentido, de facto.

—No, hombre, de vez en cuando la pasma o los nuestros de antidroga montan una operación y dismantelan o dicen que dismantelan un clan, qué más da. Agarran un poco de jaco o de cocaína, si la casa era ilegal, como suele ser el caso, le pasan buldózer por encima y al día siguiente ya está montado el tenderete en la chabola de al lado.

—Ya veo.

—Es más eficaz entenderse con ellos. Nosotros no

entramos: cuando tenemos que pillar a alguno que está poniéndose dentro de uno de los picaderos que tienen, les pedimos que nos lo saquen. Y ellos nos lo sacan. Por lo demás, y como ves, hacemos acto de presencia para que nadie se desmande más de la cuenta. Y eso lo respetan. Hay otros que también tienen competencias y a los que apenas se les ve el pelo.

—¿Quiénes?

—No me hagas hablar.

Mientras avanzábamos por la cañada pude comprobar cómo López saludaba a varios de sus habitantes, que le devolvían el saludo con un respeto no exento de la inevitable prevención hacia las fuerzas del orden de quien vive en la ilegalidad. Al pasar junto a una de las callejas transversales vimos un coche nuevo aparcado en una esquina. En su interior, una mujer de unos treinta años, con buen aspecto y la mirada un poco perdida. López pidió al conductor que parara un momento y de ventanilla a ventanilla entabló conversación con la mujer.

—Buenas noches. Qué hacemos.

—Nada, consumiendo —dijo la mujer, un poco ida.

—¿Está usted bien?

—Sí, ya estaba para irme.

—¿Se va a casa?

—Sí, ahora, en seguida.

—Bueno. Tenga cuidado.

—Sí, sí, lo tengo.

Y seguimos camino. Por mucho menos de lo que llevaba encima aquella mujer, en condiciones normales, te sacaban del coche y te lo inmovilizaban. López me lo explicó de forma convincente:

—Poniéndonos estrictos podríamos imputar cada noche a quinientos y encontrarnos cada noche con quinientos coches inmovilizados. Con dos coches patrulla en la calle, ya me cuentas tú cómo se come eso. Esto es otra dimensión, Vila. Está el mundo donde rigen las leyes comunes y está este sitio, que a su manera presta un servicio

público, es el apartadero adonde va a parar lo que nadie quiere ver.

Llegamos a la plaza, por llamarla de alguna manera, que se abría en mitad de la cañada. Era una especie de terraplén amplio y despejado y en su parte más alta se alzaba una iglesia. Por allí se veía a los yonquis en enjambres, algunos caminando sin rumbo fijo, otros pinchándose, apoyados en una tapia o dentro de los coches. En medio de aquella aglomeración de zombis, la vi de pronto. Una mujer alta y enhiesta, con una mano en la cadera y la otra apoyada en el muslo, que charlaba con un grupo de individuos entre los que sobresalía netamente su cabeza. Con el pelo recogido en un moño y un vestido corto y ceñido, era imposible no reparar en ella. López se percató de la impresión que la visión me causaba y se apresuró a ponerme en antecedentes.

—Jessica, la princesa de este pudridero. Tiene una historia deplorable detrás, pero no creas, las hay aún peores. Aquí ves niñas de quince años que se la chupan al camello por una micra de mierda.

Al llegar a su altura, López la saludó:

—Qué, Jessica, cómo va eso.

—Pues *na*, aquí, como siempre, cuidando de no darle la espalda a esta pandilla de cabrones.

—No me creo que ninguno de estos pueda contigo —dudó López.

—Si me vienen por la espalda, sí. Ojos en la espalda no tengo.

—Ya, eso es verdad. Y los que están contigo, en qué andan.

Jessica se volvió hacia el grupo de hombres con los que alternaba, y de los que se había apartado unos pasos para departir con López. Eran tipos de piel cetrina y parecían más recelosos que el resto.

—*Na*, señor guardia, buena gente. Lo que pasa es que los demás los tratan como perros, pero yo me entiendo con todo el mundo.

—Está bien. Cuídate, guapa.

—Hasta luego.

Se quedó mirando cómo nos íbamos, y entonces, incluso en la semioscuridad de aquel averno a las puertas de Madrid, vi cómo sus ojos verdes refulgían al reflejar la lejana luz de las hogueras. Ahí fue donde la conocí, a Jessica, y a su imagen y a la emoción turbia que provocaba su forma de ser y decir quedó anudado el comienzo de esta historia en la que estuvo sin estar, y en la que no puedo pensar sin acordarme, por absurdo que pueda parecer, de su infortunio y de la dureza de su existencia, que no fueron ni serán nunca, o al menos así lo espero, asunto de mis pesquisas. En su propósito de instruirme acerca del inframundo en el que había irrumpido como un incauto, López me explicó quiénes eran los que estaban con la mujer:

—Rumanos. El estamento inferior de este paraíso. Los gitanos de aquí no los quieren en la cañada, por eso se van a vivir a El Gallinero, donde creíste que podrías colgarte tu medalla y te dejaron el coche hecho unos zorros. Jessica, ahí donde la ves, es una tía pragmática: por piojosos y despreciables que los otros los consideren, los euros de los rumanos son igual de negros y valen lo mismo que los de los autóctonos. Y vete a saber, a lo mejor son más considerados con ella que los de aquí. No sé si esto te sugiere algo, ahora que me da la sensación de que vuelves a utilizar la cabeza para otra cosa que embestir.

Chamorro, que no había abierto la boca en todo el trayecto, presa del mismo estupor que su subteniente, intervino en mi apoyo:

—Mi brigada, dale cuartelillo, anda.

—Tranquila —dije—. Hasta me está viniendo bien. Como una terapia de choque. Había oído hablar de este lugar, pero verlo es otra historia. Como decía el viejo Stendhal, la verdad está en los detalles.

—Qué leído eres —se burló López—. Haces que me sienta un zoquete. Bueno, vamos a salir de aquí, y de paso os voy a llevar a conocer la otra parte de la Cañada Real. Veréis que no nos falta de nada.

Siguiendo la antigua vía pecuaria, que en otro tiempo veía pasar al ganado trashumante, circunstancia de la que venía su nombre y una protección urbanística especial que los actuales residentes se pasaban por el arco del triunfo, para construir cuanto y como les venía en gana, llegamos a una zona que se veía mucho más limpia y tranquila. También había más alumbrado, y por las calles apenas nos cruzamos a media docena de personas. Lejos de deambular, parecían moverse con rumbo bien definido y desaparecían raudas y sigilosas dentro de las casas. Su indumentaria no dejaba lugar a dudas sobre su procedencia, pero López, didáctico, no se privó de ilustrarnos al respecto:

—Ya lo veis, casi sin solución de continuidad, pasamos del apocalipsis zombi a los dominios de *Al-lahu aḳbar*. Uno de los focos más impenetrables del integrismo islámico en Madrid. Ahora tienen una mezquita nueva, porque por lo visto el imán de la anterior no era lo bastante fundamentalista para las aspiraciones del vecindario. Por lo menos en lo que es la vida diaria no dan problemas. Eso sí, de vez en cuando nos enteramos de que viene por aquí un coche con matrícula del cuerpo diplomático, la comprobamos y resulta ser de alguna embajada de un país árabe. Pasamos la información a donde corresponde y a otra cosa. Los guardias paletos no tocamos la geoestrategia.

—Veo que no te aburres, mi brigada —ironicé.

—Nunca jamás —y me guiñó el ojo—. Es una cuestión de actitud.

A la salida de la cañada, vimos un coche aparcado bajo una farola, a la puerta de una fábrica. En el interior, distinguí a una pareja en la sesentena, con cara de consternación. El coche no era malo y los dos iban correctamente vestidos. Ella, casi rígida, apretaba el bolso contra su regazo. Al reparar en ellos, a López se le congeló la sonrisa.

—No vamos a parar, ya sé quiénes son —nos informé—. Los he visto otras veces. Tienen al hijo desapare-

cido desde hace un mes, y se plantan a la entrada de la cañada con la esperanza de verle cuando venga a pillar droga. El lado más chungo de la paternidad.

Me volví a mirar a aquellos padres desesperados y derrotados por la vida, sin poder evitar pensar que yo también era padre, y que dándose mal las cosas igual podía verme, como ellos, arrojado a la más atroz de las vulnerabilidades. Creía conocer a mi hijo, que era un buen chico y tenía la cabeza razonablemente amueblada, pero al final nunca sabemos nada cierto de nadie, y menos aún de aquellos de quienes más angustiada es nuestra necesidad de saber. La imagen de los dos infelices que al final del camino, en lugar de descansar de una vida de sacrificios, se veían obligados a estar de centinelas en la peor esquina que hubieran podido imaginar, hablaba con elocuencia de la traicionera e inagotable crueldad del mundo. Una tristeza espesa se apoderó de mi ánimo y se mezcló con el sentimiento de fracaso por la monumental torpeza que acababa de protagonizar. En ese momento, como casi siempre inoportuno, sonó mi teléfono móvil. Miré la pantalla y en ella leí justo las dos palabras que menos deseaba que me mostrase: *coronel Pereira*. Por cierto que tenía que actualizar la agenda del aparato, que me ofrecía en aquel extremo una información ya desfasada.

—A la orden de vucencia, mi general, cuánto honor —respondí, procurando sonar todo lo animoso que distaba de sentirme.

Pereira carraspeó virilmente, como solía, ya antes de ser general.

—Ahórrate el vucencia que te noto el cachondeo, Vila.

—¿Cachondeo? Ni remotamente, mi general.

—Lo primero, perdona por llamarte a esta hora. Sabes que te aprecio y te juro que no se me ha subido el fajín a la cabeza. Sólo quería avisarte de que he pedido que te asignen un marrón, te llamo para explicártelo y pedirte disculpas personalmente. ¿Por dónde paras?

—Pues según el GPS, en las coordenadas de Madrid, pero creo que acabo de darme un paseo por el último círculo del infierno.

—Vaya, y dónde estás, exactamente.

—Cañada Real, algo así como el culo del mundo. Y además, estoy aquí porque acabo de meter la pata hasta la ingle. Ya ve, mi general, a mis años y en la recta final de mi carrera, no me puede ir peor.

—Siento oír eso, y me haces sentir culpable, porque me temo que he pedido que te manden a un lugar todavía más jodido que ese donde estás ahora. Ya sabes que todo es susceptible de empeorar.

—En este caso, mi general, me permito dudarle.

—No dudes nunca de la palabra de un superior, Vila.

—Está bien, me rindo. Decididamente, hoy no es mi día. ¿Se puede saber qué lugar es ese y qué es lo que lo hace tan terrible?

Volvió a carraspear, antes de clavarle al asiento con estas palabras:

—¿Te suena de algo Herat, Afganistán?